

# Subjetividad y Acción Política: El capital como forma histórica del ser social

*Subjectivity and Political Action: Capital as a historical form of social being*

**Roberto Alessandro Drago Gamarra**

Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Lima, Perú

ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-9204-7140>

Contacto: [a2110129@uarm.pe](mailto:a2110129@uarm.pe)

## RESUMEN

Este artículo analiza la relación entre subjetividad y acción política, enfatizando en la necesidad de comprender al sujeto en su forma histórica capitalista. Se argumenta que el trabajo es fundamental para la vida social, actuando como mediación entre el sujeto y su entorno. A través de un análisis del ser social, se sostiene que el conocimiento científico actual no aborda adecuadamente las determinaciones que caracterizan al sujeto moderno. Se establece que el capital es el sujeto dominante en la vida social por lo que la acción política requiere producir un conocimiento científico que trascienda sus limitaciones y trascienda de sí mismo. Esta investigación pretende dar luces hacia una aproximación más profunda de las fuerzas que moldean la vida social y las posibilidades de su transformación, subrayando el papel central en la organización del trabajo social como aquello que configura a la subjetividad humana. Al final, se propone que el conocimiento dialéctico es la mediación de la superación del capital, ya que muestra las potencias inmanentes que porta el desarrollo capitalista hacia su necesaria superación.

**Palabras clave:** capitalismo; acción política; subjetividad política; objetividad económica; metabolismo social.

## ABSTRACT

This article analyzes the relationship between subjectivity and political action, emphasizing the need to understand the subject in its historical capitalist form. It is argued that labor is fundamental to social life, acting as mediation between the subject and his environment. Through an analysis of the social being, it is argued that current scientific knowledge does not adequately address the determinations that characterize the modern subject. It is established that capital is the dominant subject in social life, so that political action requires the production of scientific knowledge that transcends its limitations and transcends itself. This research intends to shed light towards a deeper approach to the forces that shape social life and the possibilities of its transformation, underlining the central role in the organization of social work as that which configures human subjectivity. In the end, it is proposed that dialectical knowledge is the mediation of the overcoming of capital, since it shows the immanent potencies that capitalist development carries towards its necessary overcoming.

**Keywords:** capitalism; political action; political subjectivity; economic objectivity; social metabolism.

*La crítica ha deshojado las flores imaginarias de la cadena, no para que el hombre arrastre la cadena que no consuela más, que no está embellecida por la fantasía, sino para que arroje de sí esa esclavitud y recoja la flor viviente.*

*Karl Marx, 2010, p. 8.*

## INTRODUCCIÓN

Este artículo analiza la compleja interrelación entre la subjetividad y la acción política, comenzando con una de las preguntas fundamentales del marxismo: ¿qué hacer? Esta interrogante no solo invita a una profunda reflexión sobre la necesidad de la acción política, sino que también conduce a examinar las condiciones que configuran al sujeto en su contexto social.

Comprender quiénes son los sujetos y las circunstancias en las que operan es crucial para desarrollar intervenciones efectivas en un entorno marcado por las contra-

dicciones del capitalismo. A medida que se desarrolla este análisis, se pone de relieve que la existencia está históricamente determinada.

Por otra parte, se señala que la producción científica no ofrece una explicación completa de las necesidades subyacentes a esta existencia. Y, en consecuencia, este artículo tiene como objetivo argumentar que el trabajo es lo central en la vida social, ya que actúa como mediación entre el sujeto y su entorno natural.

La actividad vital, entendida como trabajo, es fundamental para comprender cómo los sujetos reproducen su existencia. En este sentido, se busca explicar que la percepción del conocimiento científico actual responde a una falta de comprensión de las determinaciones específicas que caracterizan al sujeto moderno.

Este análisis propone que, para abordar adecuadamente la realidad social, es esencial reconocer el papel central del trabajo en la vida social y cómo este influye en la configuración de la subjetividad. Al hacerlo, se pretende desentrañar las complejas interacciones entre el sujeto y su entorno, así como las necesidades que emergen de esta relación.

Al recurrir al desarrollo de Marx (2008), se establece que *el capital* es el sujeto dominante del proceso de vida social y la potencia económica que lo abarca todo. Si uno se plantea preguntarse qué hacer, la interpretación de la realidad política conduce a una comprensión limitada e insuficiente de lo político como la manifestación de un contenido económico.

Solo mediante la “reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento” (Marx, 2007, p. 22) —la dialéctica— se puede entender el vínculo inmanente entre desarrollo económico y acción política. (Caligaris, 2019). Por eso, lo que se busca realmente es enfrentar a las formas políticas actuales a partir de un conocimiento objetivo de lo que hoy es el sujeto y las potencias que su existencia porta.

La comprensión del género humano se presenta aquí como el punto de partida fundamental para desentrañar cómo este realiza su necesidad general de existir. En última instancia, este artículo aspira a contribuir a una comprensión más profunda de

las fuerzas que determinan la existencia misma, así como a exponer las determinaciones generales *del capital* y las posibilidades de transformación de la vida social.

## **LAS DETERMINACIONES DEL SER SOCIAL**

La pregunta “¿qué hacer?” se mantiene sin una respuesta satisfactoria en el contexto actual. Esta interrogante no sólo llama a la acción, sino que también invita a una profunda reflexión sobre la necesidad misma de dicha acción. En un mundo desprovisto de compasión, esta cuestión se convierte en un imperativo que desafía a los individuos a reconocer la especificidad de su papel histórico y, así, a reconciliarse con su propia existencia.

Antes de determinar qué formas de acción política deben adoptarse hoy en día, es esencial responder a cuestiones fundamentales como: ¿qué es el sujeto y qué es aquello sobre lo que este pretende actuar? ¿En qué contexto opera? ¿Y a qué formas concretas se enfrenta actualmente? Por lo tanto, es crucial conocer objetivamente las determinaciones de la propia acción humana.

“¿Qué hacer?” implica una reflexión sobre qué caracteriza a los sujetos más allá de toda apariencia ideológica o representación lógica. Es remitirse acerca de las potencias que estos portan y de responder objetivamente acerca de la forma de organización social que los produce como tales y sobre los cuales se plantean proceder.

La voluntad no es algo que se responde por la voluntad misma, ya que esto implicaría que la acción política se justifica por sí sola, reduciendo todo a una simple decisión política. Al no poder responder claramente qué determina la acción política, surge otra pregunta: ¿qué constituye a los sujetos?

Explicar qué es lo que constituye a los sujetos como tal, implica no concebirlos como la mera agregación de sujetos individuales autónomos, en donde lo específico de cada uno para ser explicado, está relacionado con el conjunto de comportamientos individuales aleatorios del resto de sujetos.

Este proceder ignora toda determinación del sujeto y escinde la posibilidad de un “movimiento genérico”. (Monteforte, 2018, p. 128). En cambio, este análisis propone

considerar primero la complejidad de las definiciones y categorías históricas que los seres humanos han utilizado para definirse a sí mismos y sus relaciones.

Estas definiciones responden a una necesidad general de diferenciación humana en contextos sociales específicos más que a descripciones objetivas del ser humano. Así, conocer lo que hoy es el sujeto no parte simplemente de definirlo a través de variables externas a él. De lo que verdaderamente se trata, es de responder acerca de las múltiples formas concretas que adopta la vida social, cuales son realmente las determinaciones del *ser social* y cuál es la necesidad que los trasciende como tal.

¿Cuál es la especificidad genérica de la especie humana? Monteforte (2018) señala que el sujeto ha sido históricamente explicado según cómo realiza su necesidad genérica de existir en momentos específicos del desarrollo humano, ya sea como esclavo o esclavista, señor o siervo, asalariado o capitalista. Sin embargo, esta especificidad humana mantiene características generales como comer, beber y llevar adelante un proceso metabólico que expande cualitativa y cuantitativamente la forma de vida humana.

Esta diferenciación interior e histórica del género humano es fundamental para entender cómo este satisface su necesidad general de existir. Definir la generalidad de los sujetos únicamente según su rol social no explica cómo el desarrollo mismo del género humano ha llegado a adoptar esos roles específicos ni aborda el contenido real de lo social.

¿Qué necesidad específica los trasciende como sujetos individuales? ¿Qué los determina y transforma conforme a esa necesidad en particular?

Si definimos al sujeto solo por su rol social —el papel que desempeña en la sociedad— se limita la capacidad para entender el contenido general que los trasciende: las potencias inherentes a la condición humana. Concentrarse únicamente en las apariencias superficiales que adoptan las infinitas variedades de las formas concretas, es ignorar las determinaciones concretas del *ser social*.

Este proceder, típico del conocimiento científico que impera en las investigaciones actuales, genera confusiones a la hora de abordar las preguntas acerca de las determinaciones generales de la vida social. En lugar de investigar las necesidades subyacentes que han determinado y transformado fenómenos sociales concretos, la producción científica tiende a dispersarse en definiciones teóricas que intentan explicar aisladamente las diversas formas concretas asumidas por la vida humana. (Monteforte, 2018).

Por tal razón, la forma actual del conocimiento científico tiende a naturalizar las formas sociales modernas y, en ese mismo sentido, resulta ser un conocimiento esencialmente representacional que no logra avanzar más allá de la superficialidad de las apariencias que se le presentan. Se abstrae así el conocimiento científico de los procesos históricos que le dan forma al ignorar toda necesidad histórica detrás de la fragmentación del ser humano en roles sociales.

Esto lleva a una incapacidad para abordar las necesidades concretas inherentes a la vida, que se manifiesta en la fragmentación en formas individuales, como el ser vertebrados o invertebrados. Además, este conocimiento "teórico" no proporciona respuestas adecuadas sobre el desarrollo de la vida en sus formas concretas, ya sea en mamíferos o insectos, y mucho menos aborda la necesidad que tiene la vida de desarrollar la forma concreta del género humano.

El punto inicial para este análisis radica en reconocer la unidad entre todos los organismos vivos. El proceso vital genérico se diferencia en una variedad de formas vitales específicas dentro del amplio espectro biológico. (Monteforte, 2018). Por ende, todos los seres vivos —animales, vegetales y humanos— son formas de existencia que despliegan una misma necesidad en común: organizar la materia no organizada.

Así, este proceso de organizar materia no organizada desarrolla la potencialidad creciente de satisfacer dicha necesidad de expandirse cualitativa y cuantitativamente. Independientemente de aquello que le es específico a cada uno de los seres vivos, “toda forma de vida realiza la necesidad de convertir cada vez más materia no organizada —lo inorgánico— en materia organizada —lo orgánico—”. (Monteforte, 2018, p. 130).

Por ejemplo, la luz solar representa materia no organizada vitalmente; mediante fotones circulantes en nuestro planeta interactúa con sustratos no organizados presentes en el suelo terrestre para producir formas materiales organizadas —como ocurre con los vegetales. Tanto la luz solar como los sustratos del suelo portan en sí el atributo de absorber y organizar crecientemente más materia no organizada en organismos vivos.

El desarrollo de estas formas de vida conforman grados de “organizadores de materia” como los animales que se reproducen a partir de materia no organizada de manera vital. (Monteforte, 2018, p. 130). Las flores producen polen —una forma vitalmente no organizada— que es esencial para su reproducción pero requiere ser transportada adecuadamente. Las abejas actúan como polinizadores clave; recolectan néctar y polen facilitando así procesos reproductivos esenciales para muchas especies vegetales.

Cuando el polen se transfiere entre flores diferentes se produce fecundación y formación posterior de frutos y semillas; esto asegura tanto su reproducción como disponibilidad alimentaria para otros organismos vivos —incluyendo a los seres humanos. A partir de esta determinación general surge un requerimiento específico: abordar adecuadamente cómo avanza el desarrollo vital en función del conocimiento generado por cada organismo vivo sobre sus capacidades específicas respecto al entorno disponible para su reproducción.

Los seres vivos representan la materialización de la unidad entre la acción, que concretiza esta potencialidad, y el conocimiento, cómo su contenido. (Iñigo Carrera, 2008). Indiferentemente de si se trata de bacterias o mamíferos, cada ser vivo posee maneras particulares de avanzar en su necesidad de actuar sobre las potencialidades de su medio.

Así mismo, “los seres vivos regulan su existencia en función del conocimiento que poseen sobre sus capacidades específicas en relación con la potencialidad del entorno para su reproducción”. (Iñigo Carrera, 2008, pp. 238-263). La acción resulta ser así la forma concreta y necesaria mediante la cual se realiza el conocimiento que porta todo organismo vivo.

Por ejemplo, las plantas realizan fotosíntesis aprovechando luz solar; este proceso no está guiado por un movimiento aleatorio —indeterminado o autodeterminado— sino que responde a una mayor capacidad de desarrollo de la vida dentro del ciclo vital mismo, materializada en los organismos vivos que se realizan como tales, lo que lo convierte en un movimiento determinado.

El conocimiento presente en los organismos vivos acerca de sus procesos reproductivos se manifiesta a través de sus acciones efectivas. Generalmente, los organismos no son plenamente conscientes de este proceso, en el cual la acción es la forma concreta necesaria del conocimiento que cada organismo posee.

Por ejemplo, los animales despliegan su comportamiento a partir de la experiencia de prueba y error, lo que se traduce en un conocimiento “cualitativamente determinado como instintivo”. (Monteforte, 2018, p. 131). En este sentido, los animales desarrollan una forma de conocimiento superior a la de las plantas, ya que su corporeidad les permite una variedad de maneras de desarrollar su conocimiento.

Ya sea a través de los sentidos y el instinto, todas estas son formas de conocimiento que se objetivan en la materialidad del animal. De esta manera, los animales se desarrollan de generación en generación a partir de sus conocimientos instintivos, donde su autonomía se fundamenta en el desarrollo corporal de la especie en cuestión. “Aquí yacen las determinaciones genética y epigenéticas del conjunto de los seres vivos”. (Monteforte, 2018, p. 131).

El contenido detrás de las formas concretas de este proceso —el motor del desarrollo y evolución de las especies— porta una determinación genérica. No se trata de sucesos aleatorios ni de una aparente “selección natural” de las especies. Y, por tanto, las formas de desarrollo de una especie no dependen de factores evolutivos externos, sino de la actividad vital que cada especie despliega concretamente.

La necesidad de desarrollar la corporeidad del sujeto es intrínseca a la vida y a su especificidad. Las diversas formas de vida están constantemente expuestas a su entorno para garantizar su reproducción. Al comprender cómo el medio facilita esta reproducción, las formas de vida deciden si deben seguir expuestas a las diferentes



condiciones que presenta el entorno, dependiendo de si estas favorecen o no su reproducción.

En función de sus necesidades, las formas de vida desarrollan su materialidad, adaptándose a lo que potencia su capacidad reproductiva. El metabolismo natural de diversas especies de animales se refleja en la formación de manadas como una herramienta excepcional.

En un contexto grupal, las limitaciones físicas asociadas al conocimiento instintivo se ven atenuadas. (Monteforte, 2018). En primer lugar, al no interactuar con el entorno individualmente, el medio se vuelve más manejable y accesible. En segundo lugar, las limitaciones individuales pierden relevancia cuando se consideran en relación con la media o norma de la especie.

Al analizar las capacidades vitales, es fundamental considerar el desarrollo del cerebro como un órgano específico para objetivar el conocimiento. La formación de manadas representa un avance significativo en la unificación de los individuos a través del comportamiento gregario. Desde aquí, podemos avanzar hacia la forma de vida que lleva estas capacidades al límite: el ser humano.

La especie humana ha demostrado ser la más exitosa en cuanto al desarrollo de las potencias genéricas de la vida. En el último siglo, la población mundial ha crecido exponencialmente y la esperanza de vida ha aumentado constantemente. Este notable desarrollo se sustenta en las actividades cotidianas que realizan los seres humanos y en el profundo impacto que estas tienen en su corporeidad.

La interacción dinámica entre las necesidades biológicas y las prácticas diarias desempeña un papel crucial en su desarrollo cognitivo y social, facilitando así que la humanidad alcance un nivel sin precedentes de organización y adaptación en el planeta Tierra. Este proceso no solo refleja la capacidad humana para innovar y resolver problemas complejos, sino que también destaca la interrelación entre las relaciones sociales y las capacidades cognitivas, permitiendo una continua redefinición del significado mismo del ser humano.

Las actividades ejecutadas por los seres humanos son manifestaciones del desarrollo de su conocimiento acumulado a lo largo del tiempo. La velocidad a la que las formas de vida potencian su reproducción depende directamente de la adaptación de su cuerpo al medio.

Esta adaptación se convierte en un límite; su efectividad se refleja en la descendencia de la especie; si no es efectiva, solo perdura durante la vida del individuo que la porta. Sin embargo, en el caso del ser humano surge una potencialidad particular cuando la manada comienza a conformarse como un colectivo.

Al ampliar las posibilidades reproductivas individuales mediante una acción colectiva, el individuo deja de ser un mero portador de su propia reproducción. La colectivización del proceso reproductivo humano permite desglosar funciones individuales en colectivas.

El conocimiento se desarrolla más profundamente a nivel individual; sin embargo, su aplicación para la reproducción depende del colectivo. Este proceso habilita una reproducción exponencialmente creciente de sujetos que desarrollan su individualidad como parte del colectivo. En resumidas cuentas, aprenden cómo dicho colectivo reproduce su propia existencia.

Este metabolismo natural presenta la capacidad para preservar desarrollos del conocimiento instintivo que no han sido transmitidos directamente. Dichos conocimientos quedan atrapados en lo que se denomina “el conocimiento práctico de la forma colectiva”, generando un desarrollo continuo mientras exista dicho colectivo.

Esta forma de absorción del conocimiento supera una barrera que había limitado hasta ahora a todas las formas vivas: su expectativa biológica. Anteriormente, el único desarrollo del conocimiento absorbido era aquel que modifica el cuerpo del individuo; sin embargo, ahora lo que se desarrolla en mayor medida no es el cuerpo sino la subjetividad.

Cada experiencia individual se transforma así en una experiencia colectiva. El desarrollo del conocimiento ahora tiene capacidad para manifestarse fuera del sujeto vivo; inicialmente ocurre dentro del colectivo humano y con el tiempo se objetiva en los

medios indirectos utilizados por este colectivo. Este proceso representa “el desarrollo gradual de los medios de producción”. (Monteforte, 2018).

Es importante destacar que esta organización concreta ha tenido un impacto significativo en el desarrollo general de la especie humana. Cuanto más numeroso es el metabolismo colectivo, más urgente se vuelve la necesidad de organizar sus distintos órganos; a medida que el proceso concreto de reproducción se complica —especialmente con la obtención de medios de producción en su forma más simple como herramientas— también lo hace la transmisión del conocimiento entre los miembros del colectivo.

A partir de aquí, se desarrolla plenamente una forma específica de conocimiento que les es propia como género humano. Aunque existen animales que se organizan colectivamente y muestran signos claros de subjetividad, entender cómo los seres humanos desarrollan un conocimiento práctico (una reflexividad práctica) radica en su capacidad evolutiva para potenciarlo. Los seres humanos poseen así una capacidad específica para desarrollar este tipo de conocimiento.

La manera en que despliegan su metabolismo natural es socialmente evolutiva; por ello se le denomina “metabolismo social”. (Iñigo Carrera, 2008). El desarrollo de este proceso social toma la forma concreta necesaria a través de las acciones realizadas por los distintos órganos individuales.

En esta etapa, cada órgano del colectivo ya no representa una forma individual de vida; se convierte en un órgano dentro de una forma colectiva de vida, un sujeto social, cuyo proceso vital está regido por cómo se reproduce el colectivo: su sociedad. En resumidas cuentas, el desarrollo del conocimiento no puede ser otra cosa que el desarrollo consciente; ambos procesos son interdependientes y constituyen una unidad hacia el avance de un conocimiento más profundo.

No queda otra opción para esta organización colectiva que ser intencionada y fundamentada en el conocimiento consciente sobre las potencialidades tanto individuales como colectivas. Cada sujeto integra esta organización porque comprende las posibilidades relativas del colectivo como propias. El desarrollo del conocimiento ins-

tintivo hacia un conocimiento práctico —que toma forma en la evolución social— es la contracara material del desarrollo de la conciencia.

No puede haber desarrollo del conocimiento práctico sin una comprensión clara sobre su necesidad. (Monteforte, 2018). La conciencia es por ende, un atributo esencial en esta forma social de reproducción vital y se manifiesta a través del conocimiento consciente objetivado en las formas sociales de reproducción.

Hasta este punto, se muestra como las formas concretas del desarrollo del conocimiento consciente han configurado la vida humana y su especificidad. Los avances cualitativos en el conocimiento humano se manifiestan en distintas etapas de la actividad humana, lo que pone de relieve una forma particular de relacionarse con los medios de producción.

Este proceso mantiene la unidad en la evolución de las bases técnicas que sustentan la existencia social. Asimismo, se ha presentado cómo la forma más avanzada del conocimiento humano materializada en los medios productivos y sus diversas etapas evolutivas.

Al bosquejar lo que hoy realiza el género humano como una existencia particular del conocimiento —es decir, cómo desarrolla actualmente su metabolismo social bajo las formas técnicas vigentes— resulta fundamental comprender la especificidad social contemporánea para tener capacidad crítica fundamentada.

Para ello, es necesario desarrollar una ciencia capaz de indagar hacia las raíces del mundo moderno, sustentado sobre bases como la propiedad privada y cuya apariencia abstracta es ser una sociedad civil. (Starosta, 2021). La centralidad que tiene el trabajo en la vida social, se comprende a partir de la trayectoria histórica de la sociedad, poniendo un énfasis en la reproducción material de la vida humana como aquello que media entre la unidad que se establece entre el sujeto y la naturaleza.

Se concluye así que la actividad vital —la actividad humana— es aquello que media entre el *ser social* y el entorno natural. En este sentido, el trabajo como actividad productiva se define como “la forma concreta necesaria y específica mediante la cual

la humanidad reproduce su existencia como parte misma de la naturaleza”. (Starosta, 2021).

Esto establece una relación entre contenido y forma donde lo social es la forma que toma lo natural; lo que significa que la actividad social del proceso vital general humano, caracterizado por ser genérico, es una forma específica en la que se realiza el desarrollo de la naturaleza misma.

El trabajo —en sus distintas modalidades— es aquello que realiza las determinaciones inherentes a cualquier actividad vital ya que parte de ser un proceso natural de autorreproducción por medio del intercambio material con lo inorgánico. Es en consecuencia, “vida que crea vida”. (Marx, 2003, p. 111).

Así pues, queda claro que el contenido natural inherente a toda actividad productiva humana no es más que la existencia de una actividad vital en general, es decir, el ser una vida genérica. La relación del ser humano con la naturaleza es un proceso en donde los individuos efectivizan su organización corpórea, en otras palabras, que nuestras fuerzas vitales tienen como fin apropiarse de las potencias objetivas de nuestro medio. Es por tal motivo un proceso de “metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza”. (Marx, 2008, p. 53).

Este análisis se fundamenta en la unidad de los organismos vivos; la diversidad de formas vitales —vegetales, animales y humanas— que representan procesos específicos dentro de un contexto generalizado. Como señala Monteforte (2018), todos los organismos vivos despliegan la misma necesidad de organizar materia no organizada. De ahí que, cada forma de existencia refleja una misma necesidad genérica.

Esta determinación general del proceso vital se manifiesta en las formas específicas en que la vida se desarrolla en función de su necesidad genérica. La acción, entendida como acción vital, puede definirse como “la forma concreta de esta potencialidad cuyo contenido es el conocimiento”. (Monteforte, 2018, p. 130).

Esta unidad immanente entre acción y conocimiento es fundamental, ya que permite la realización de la determinación de la vida cuya forma material de existir son los

seres vivos. En pocas palabras, la materia satisface su necesidad inherente de determinarse a través de la vida, que representa la forma más potente de este movimiento.

Su contenido es genérico o indiferenciado, mientras que la forma específica en que se lleva a cabo este movimiento es particular o diferenciada. Como señala Juan Lñigo Carrera (2008), abordar la especificidad del sujeto implica considerar las determinaciones de los seres vivos que avanzan en su necesidad de actuar, fundamentándose en el conocimiento de las potencias específicas que estos poseen.

Además, es crucial entender cómo estas potencialidades les permiten apropiarse del medio y, en última instancia, reproducir sus propias vidas. Toda actividad vital implica un gasto fisiológico material de la corporeidad del organismo vivo, cuyo objetivo es interactuar con su entorno de un modo en específico.

Esta es la determinación genérica del ser vivo: apropiarse y consumir “objetos esenciales” que satisfagan sus necesidades de reconstrucción y transformación de la materialidad de su existencia corpórea. (Starosta, 2021, p. 3). En este sentido, los organismos vivos poseen cualitativamente la capacidad de autorreproducción al establecer, mediante su actividad, la renovación de las condiciones que garantizan la continuidad de su existencia general como especie.

La potencialidad material para esta autorreproducción se manifiesta en su capacidad cognitiva, que está constituida por la facultad vital de reconocer la afinidad mutua entre sus propias potencias materiales y las de su entorno objetivo. (Starosta, 2021). El ejercicio de la actividad cognoscitiva implica la capacidad de satisfacer necesidades a través de la organización y regulación del despliegue de la acción corpórea sobre el medio.

En esta síntesis de múltiples determinaciones, ciertos seres vivos, a diferencia de las formas inorgánicas de la naturaleza, poseen una subjetividad que los define como individuos. Los seres humanos, en particular, no son meramente portadores de subjetividad; también “saben y se reconocen como sujetos”. (Starosta, 2021, p. 3).

La manera en que organizan su actividad vital determina su voluntad y conciencia, actuando como formas de afirmar sus fuerzas genéricas. De este modo, los seres humanos poseen una “actividad vital consciente”. (Marx, 2003, p. 111).

Al apropiarse de las fuerzas objetivas de su entorno, regulan la organización de sus fuerzas vitales mediante la atribución de las potencialidades de la naturaleza, lo cual es un paso necesario para la apropiación del entorno a través del despliegue de su actividad humana. La distinción entre el sujeto humano y los animales radica en esta externalización de las fuerzas vitales del sujeto; el conocimiento se entiende aquí como pensamiento o cognición consciente. (Starosta, 2021).

Según Marx y Engels (2014), la subjetividad consciente es lo que permite a los sujetos diferenciarse de los animales; ya que este produce sus propios medios de vida para existir. Esta conexión material inmanente entre conciencia —como atributo humano— y actividad —como mediadora del proceso vital humano— resalta la producción de los medios de vida como el modo distintivamente transformativo del intercambio metabólico con la naturaleza.

Estas determinaciones constituyen el contenido del *ser genérico humano*, cuyo modo más desarrollado de existencia es la de ser un proceso consciente y voluntario. El trabajo humano, como mediación, se caracteriza así por ser una actividad vital que dota consciente y voluntariamente a la organización corpórea del proceso general de vida humana. Por lo tanto, lo que diferencia al sujeto humano de los animales es precisamente esta forma consciente y voluntaria de organizar su proceso vital.

La forma en que se organiza el trabajo humano media en el proceso evolutivo lo que ha permitido el desarrollo corporal de los homínidos hacia *Homo sapiens*. Precisamente, las transformaciones del modo de vida social basadas en el trabajo explican la constitución corpórea del sujeto, a partir de la posesión de pulgares oponibles, el ser bípedos o tener una visión binocular, etc.

Como afirma Fracchia (2008), la teoría social contemporánea a menudo ignora esta relación inmanente entre las raíces corpóreas del ser y la subjetividad humana. En su desarrollo evolutivo, la conciencia emerge como una forma potente para regular la complejidad cognitiva asociada al avance técnico.

Conocimiento y actividad son dos momentos interrelacionados en un mismo movimiento: el metabolismo humano en su relación con la naturaleza. Este proceso se convierte así en un metabolismo social que se realiza a través de la reproducción material de la corporeidad mediante el consumo del producto del propio trabajo.

Lo que a menudo pasa por alto el conocimiento científico actual respecto al sujeto es precisamente este desarrollo de la conciencia y del pensamiento humano, entendidos como resultados de la mediación creciente de las actividades transformadoras llevadas a cabo por sus ancestros homínidos. Este proceso culmina en la evolución hacia el modo de vida del *Homo sapiens*, es decir, el ser humano moderno.

Esta omisión limita la comprensión de cómo las capacidades cognitivas han sido moldeadas a lo largo del tiempo por la actividad humana en su relación con el entorno, así como su influencia en la adaptación y supervivencia de la especie.

## **LAS DETERMINACIONES DE LA ACCIÓN POLÍTICA**

Al plantear la pregunta “¿qué hacer?”, en el contexto político actual, se sugiere que el sujeto se enfrenta a formas políticas que le son desconocidas. Se repite con frecuencia que Perú está inmerso en una anomia política, que la política peruana es inherentemente apática y que su “sistema político” ha colapsado. Además, se sostiene que los jóvenes no se movilizan ante la crisis política y viven desconectados de la realidad nacional.

Este dilema lleva de nuevo a la pregunta inicial de este artículo: “¿qué hacer?”, y para poder ser respondida, es necesario dar cuenta del contenido que subyace a la acción política del sujeto moderno y a las potencialidades que esta acción conlleva en específico. (Iñigo Carrera, 2013). Esto implica afrontar críticamente las determinaciones de la acción política del *ser social*, como las de una existencia viva que opera dentro de una forma específica de organización social y que la configura como tal.

Es un imperativo no sucumbir a las posturas voluntaristas a las cuales la inmediatez del análisis coyuntural acostumbra. Más bien, de lo que se trata es de reconocer



la unidad subyacente en el proceso de vida humana entre una objetividad económica (como contenido) y una subjetividad política (como forma).

Este análisis se fundamenta en establecer la relación entre forma y contenido, que crea las mediaciones sociales necesarias entre lo objetivo y lo subjetivo. (Caligaris, 2019, p. 181). De este modo, la acción política se entiende como la forma concreta y necesaria cuya subjetividad encarna la necesidad histórica de la sociedad moderna: la sociedad capitalista.

Partiendo del desarrollo de Marx (2007), se puede comprender a la sociedad capitalista contemporánea como aquella en donde *el capital* se erige como el sujeto dominante del proceso de vida social y como la potencia económica que lo controla todo. Si se busca preguntarse qué hacer frente a una aparente crisis política, no se debe partir de interpretaciones erróneas de la realidad política, ya que esto sólo conducirá a la imposibilidad de conocer lo político como aquella forma donde se despliega el contenido económico.

Solo mediante “la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento” (Marx, 2007, p. 22) —la dialéctica— se podrá vislumbrar el vínculo inmanente entre desarrollo económico y acción política. (Caligaris, 2019, p. 191). De modo que sea posible enfrentar de manera efectiva las formas políticas que se presentan ante los sujetos que integran la sociedad capitalista.

Este análisis parte de la determinación más elemental del modo de producción, es decir, de cómo se organiza el proceso de vida social a través del trabajo. (Iñigo Carrera, 2012). En el contexto capitalista, la organización de la producción y el consumo social se da a partir de las relaciones que los individuos libres establecen entre sí.

Esta relación entre dos individuos libres se manifiesta en el producto de su trabajo el cual se les presenta como una potencia ajena a ellos. De esta forma, la relación que se da entre el conjunto de individuos libres está determinada por el proceso de compra y venta del valor cuya forma concreta necesaria de existir es la de ser una mercancía que se rige bajo “formas contractuales”. (Iñigo Carrera, 2012, p. 13).

La competencia aparece aquí como la forma necesaria donde se realiza el proceso de compra y venta de fuerza de trabajo; por lo tanto, esta relación de intercambio entre individuos libres posee un carácter antagónico. Dicha relación determinará también la conciencia y voluntad de los compradores y vendedores de fuerza de trabajo. (Iñigo Carrera, 2012, p. 13).

Se sostiene así que la voluntad política no puede explicarse únicamente por sí misma, ya que está se encuentra determinada por este proceso de valorización del valor. Las mercancías son un atributo social, son objetos intercambiables portadoras de valor cuya característica principal es el haber sido realizadas de manera privada, autónoma e independiente.

Este atributo de “cambiabilidad”, (Iñigo Carrera, 2012, pp. 12 - 13), que caracteriza a la mercancía como portadora del valor, es lo que domina la organización total del proceso de vida social. Esto implica que la unidad total del trabajo social, el proceso de producción y consumo social, está mediada por las mercancías; siendo estas un “enorme cúmulo de mercancías”, que no es más que *el capital* mismo como un “sujeto automático”. (Marx, 2008, pp. 43-188).

De tal forma, el producto del trabajo humano se presenta a los sujetos como algo ajeno a ellos; como valor objetivado en las mercancías, que pone en marcha automáticamente toda actividad laboral social a espaldas de los sujetos, al producir capacidades para su valorización como capital. Este proceso de “autovalorización del valor”, cuyo único fin es acumular masas crecientes de capital, busca “reproducir más de la misma relación social general que domina a los seres humanos”. (Iñigo Carrera, 2012, p. 13).

La expresión concreta de esta unidad, como relación social general, organiza el proceso vital bajo el modo de producción capitalista; implica que *el capital* organiza la totalidad del proceso de vida social. (Iñigo Carrera, 2012, p. 14). Se establece así una relación indirecta entre portadores de mercancías: por un lado están aquellos que solo portan su fuerza laboral como mercancía; y, por el otro lado, aparece la acumulación individual fragmentada del capital total en capitales individuales.

De esta manera, se establece también una relación directa que expresa, en apariencia, a individuos concebidos como naturalmente libres y que dominan conscientemente el producto de su propio trabajo. Por ello, el sujeto individual se afirma en su indeterminación o autodeterminación; entendiéndose que esta determinación no proviene más que de nuestra relación social general: *el capital*.

La unidad concreta de esta relación social general es económica —al ser relaciones entre mercancías— y jurídica —al tratarse de relaciones entre personificaciones—. (Iñigo Carrera, 2012, p. 14). No son dos existencias separadas que se enuncian cada una en sí, separada de la otra, sino que, lo jurídico es la forma de existir de lo económico. Así, las relaciones jurídicas son, por tanto, la forma concreta necesaria en que se realizan las relaciones económicas.

La relación social general se manifiesta bajo formas antagónicas en las transacciones laborales como competencia entre personificaciones mercantiles; cada polo de la compraventa del trabajo niega al otro adoptando la forma de su opuesto a partir de ser una relación de solidaridad. (Iñigo Carrera, 2012, p. 14). Esta relación de competencia, al ser una mera apariencia superficial y negar la lucha de clases, toma la forma de su opuesto y se invierte como relación de solidaridad general en la búsqueda del interés general de la sociedad: el bien común.

La relación indirecta entre solidaridad y competencia entre los vendedores y compradores de fuerza de trabajo tiene su realización concreta a través de relaciones directas entre clases sociales. La base fundamental del capitalismo radica en esta división en clases sociales; así se expresa la contradicción inmanente entre trabajo y capital a través del antagonismo entre clases sociales —lo cual constituye una lucha consciente—. (Iñigo Carrera, 2012, p. 14).

La lucha de clases implica una mediación entre las formas políticas y su contenido económico. Se argumenta así que esta lucha no es más que un medio necesario para realizar y desarrollar procesos acumulativos del capital total de la sociedad; siendo esta portadora del movimiento total del proceso de vida humana organizado bajo este modo de producción capitalista.

La lucha entre proletarios y capitalistas invierte así su condición abstracta natural al convertirse en “ciudadanos estatales”. (Iñigo Carrera, 2012, p. 16). Se sostiene que la relación económica indirecta entre individuos libres, que se constituye en el intercambio mercantil, se establece a través de relaciones directas, jurídicas —lo privado— y políticas —lo público—.

Dichas relaciones se forman entre los individuos como “personificaciones de mercancías, lo que da lugar a la conformación de las clases, a la relación antagónica de lucha entre estas clases y al Estado”. (Iñigo Carrera, 2012, p. 5). La lucha de clases, al ser una relación consciente, trasciende lo individual y lo privado, adquiriendo un carácter social y público como relación política.

Esta relación directa de confrontación entre personificaciones de mercancías —proletarios y capitalistas— se invierte en la abstracta condición natural de ser “ciudadanos del Estado”. (Iñigo Carrera, 2012, p. 16). Por lo tanto, la forma concreta en que se realiza la lucha de clases es, en consecuencia, una acción estatal y, por ende, política.

En suma, esta lucha de clases es esencialmente una acción estatal necesaria; así se establece una relación social donde el Estado capitalista actúa como representante político *del capital* dominando a los individuos abstractamente libres mediante su explotación como clase social. (Iñigo Carrera, 2012, p. 16). Por tanto, el rol del Estado capitalista consiste en administrar los procesos económicos relacionados con la valorización del valor y la acumulación de capital dentro de su correspondiente espacio nacional.

Finalmente, afirmar una aparente “falta de voluntad política” vacía la necesidad histórica de la acción política concreta ya que se detiene en las meras apariencias de la inmediatez. Según Marx (2008), lo que es evidente es mostrar cómo este modo productivo capitalista trasciende sus propios límites al adoptar formas sociales superiores; sin embargo, este proceso se invierte y adquiere la apariencia de ser el desarrollo de la libertad humana.

Esta abstracta libertad humana refleja, en realidad, una “conciencia enajenada”, en la que el sujeto es prisionero del “carácter fetichista” de la mercancía. (Iñigo Carre-

ra, 2012, p. 22). Este “fetichismo” hace referencia a la capacidad de las mercancías para representar relaciones sociales objetivadas, lo que conduce al sujeto a naturalizar todas las formas sociales que se le presentan.

Para el voluntarismo crítico al capitalismo, la acción política brota por fuera del desarrollo económico e incluso se oponen a él —una afirmación comúnmente sostenida por sectores anticapitalistas—; lo cual implica concebir erróneamente al desarrollo económico como escindido de la acción política. (Caligaris, 2019). De ahí que se contraponga el vínculo inmanente existente entre la unidad de lo económico y lo político.

Esto da lugar a malentendidos, ya que el desarrollo económico se interpreta como la forma concreta necesaria en que se realiza la acción política y no viceversa; es decir, “se invierte el contenido en político y la forma en que se realiza en económico”. (Caligaris, 2019, p. 196). En contraste a esta visión errónea, este artículo sostiene que los procesos económicos se desarrollan a través de la acción política llevada a cabo por sujetos históricos inmersos en un contexto social específico, como es el capitalismo, lo que da origen material al “sujeto revolucionario”. (Starosta, 2012, p. 93).

Consecuentemente, la acción política de este “sujeto revolucionario” no es más que un momento necesario dentro del proceso económico de acumulación de capital. La necesidad teórico-práctica de un desarrollo dialéctico se fundamenta en una subjetividad revolucionaria que, a partir de una compleja investigación dialéctica, comprende científicamente todas las formas sociales relevantes y reproduce las “conexiones internas” que conducen a la constitución de una acción política objetiva.

Esta acción política es “la forma en que se manifiesta la transformación revolucionaria del proceso histórico de existencia de la vida humana”. (Starosta, 2012, p. 93). En la inmediatez, esta acción política se muestra, a primera vista, como una reacción ante una “crisis política”. No obstante, *el capital* se presenta ante los sujetos como “un ser económicamente autosuficiente”, (Caligaris, 2019, p. 185), cuya mediación es política; lo que no hace más que evidenciar la unidad existente entre el desarrollo del capitalismo y la acción política, que, en su carácter revolucionario, busca anular y superar el estado actual de las cosas: el modo de producción capitalista.

## CONCLUSIONES

Este análisis evidencia la necesidad histórica de la acción política y, por ende, de la subjetividad política en el modo de producción capitalista. Se parte de la determinación más simple de la subjetividad del individuo en la modernidad, que en el capitalismo se manifiesta como una existencia enajenada que personifica categorías económicas y, cuyo desarrollo está mediado por la reproducción de su relación social general: *el capital*.

La acción política se presenta a menudo a partir de preceptos voluntaristas, es decir, como voluntades y decisiones políticas abstractas, desprovistas de toda objetividad social y vaciadas de contenido respecto de su relación social general enajenada. Esto conlleva arbitrariamente a creer que “las crisis políticas” son producto de una “falta” de esa misma voluntad o decisión.

Cuando surgen preguntas acerca del contenido de esta aparente falta de voluntad, las respuestas suelen ser insuficientes e incluso deficientes. Estas respuestas, al no considerar de dónde brota esta libre subjetividad humana, se asume como algo dado de forma natural.

Por eso, no se comprende a la libertad como un momento específico del desarrollo del proceso histórico de la vida humana; por el contrario, se la considera como un hecho natural. Este proceder no permite avanzar en el contenido de la acción política revolucionaria y, por consiguiente, en el desarrollo de las potencialidades de una acción política objetiva, que es lo que se busca al responder a la pregunta: ¿Qué hacer?

En consecuencia, como se ha podido notar a lo largo del desarrollo, no se trata de organizar la acción política de manera abstracta, ya sea para levantarse en una revolución igualmente abstracta o para tomar el poder del Estado en nombre de una justicia social igualmente abstracta.

Estos supuestos no contribuyen a entender primero qué se es, para luego transformar conscientemente aquello sobre lo que se pretende intervenir. Es necesario que la acción política se reconozca como un momento organizacional más del proceso de transformación de la vida social. (Starosta, 2019, p. 232).

Lo que requiere el sujeto capitalista en la inmediatez es conocerse a sí mismo y a la necesidad inmanente que reside en su acción política, para así establecer un vínculo genuino y necesario entre la conciencia y la acción; entre lo que sería una conciencia revolucionaria y una acción revolucionaria.

La acción política enfrenta hoy sus determinaciones sociales, donde “el valor opera a través de su carácter enajenado mediante la actividad de organizar la materialidad de la totalidad de la vida social”. (Starosta, 2019, p. 232). En consecuencia, el reconocimiento de la propia enajenación permite avanzar en las potencialidades que poseen los sujetos para controlar conscientemente la transformación de su propia subjetividad (Starosta, 2019, p).

Entender que su acción política enajenada es necesariamente la mediación del movimiento de su relación social general —*el capital*— implica reconocer también la inmanencia del movimiento del conjunto de sus relaciones sociales. (Starosta, 2019, p. 236). De modo que reconocer su subjetividad enajenada en la mercancía es un primer paso hacia la transformación del proceso de vida social.

Ir más allá de las apariencias del voluntarismo implica reconocer que “la acción transformadora constituye una forma concreta y necesaria para llevar a cabo la abolición de la enajenación, con el objetivo de superar la producción de valor”. (Starosta, 2019, p. 237). Esta autoconciencia sobre las potencias históricas del “sujeto revolucionario” permite que, a partir del desarrollo de su subjetividad enajenada en *el capital*, puedan enfrentarse críticamente a su propia formación personal y profesional.

La actividad vital, entendida como trabajo, se convierte así en el medio a través del cual los sujetos reproducen su existencia y desarrollan su subjetividad. De este modo, un conocimiento científico consciente —que parte del principio de que conocer es ya en sí mismo práctico— se transforma en una “crítica práctica” que hace referencia a un conocimiento objetivo sobre las condiciones y posibilidades de la acción humana.

Este proceso implica, en última instancia, el reconocimiento del sujeto en su papel histórico revolucionario, plenamente consciente de las determinaciones que influyen en su lucha por realizar las potencialidades *del capital*. Esto se logra a través del despliegue de una crítica incisiva hacia todo lo existente, fundamentada en una prác-

tica científica que trasciende los límites *del capital* y por el que por ende, supera a las relaciones de valor.

El objetivo es, por lo tanto, superar el capitalismo a través de su autonegación mediante un control consciente del metabolismo social con la naturaleza. Esto implica, en otras palabras, la organización científica de la unidad del proceso de producción y consumo social —el proceso de metabolismo social— a través de la asignación consciente del trabajo total de la sociedad.

Esta perspectiva busca, finalmente, transformar la actividad productiva y, en consecuencia, las relaciones sociales que emergen de dicho proceso productivo, con el fin de alcanzar un control consciente del carácter social del trabajo y, por lo tanto, de la vida humana: el comunismo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Caligaris, G. (2019). Desarrollo económico y acción política revolucionaria. Una evaluación crítica del debate marxista sobre el ‘derrumbe’ del capitalismo. En G. Caligaris & R. Escorcía (Ed.) *Sujeto capital – Sujeto revolucionario. Análisis crítico del sistema capitalista y sus contradicciones* (pp. 181–210). Ítaca. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/Mexico/dcsh-uam-x/20201118032316/Sujeto-capital.pdf>.
- Fracchia, J. (2008). The Capitalist Labour-Process and the Body in Pain: The Corporeal Depths of Marx’s Concept of Immiseration. *Historical Materialism*, vol. 16 (4). (pp. 35–66). DOI: <https://doi.org/10.1163/156920608X357729>.
- Iñigo Carrera, J. (2012). Acerca del carácter de la relación base económica – superestructura política y jurídica: la oposición entre la representación lógica y la reproducción dialéctica. En G. Caligaris, A. Fitzsimons (Ed.), *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx* (pp. 8-19). Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. [https://cicpint.org/wp-content/uploads/2017/03/Caligaris-Fizsimons\\_2012\\_Relaciones-econ%C3%B3micas-y-pol%C3%ADticas.pdf](https://cicpint.org/wp-content/uploads/2017/03/Caligaris-Fizsimons_2012_Relaciones-econ%C3%B3micas-y-pol%C3%ADticas.pdf).



- Iñigo Carrera, J. (2013). El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia. Imago Mundi. [https://cicpint.org/wp-content/uploads/2017/03/I%C3%B1igo-Carrera\\_El-capital.-Raz%C3%B3n-hist%C3%B3rica-sujeto-revolucionario-y-conciencia.pdf](https://cicpint.org/wp-content/uploads/2017/03/I%C3%B1igo-Carrera_El-capital.-Raz%C3%B3n-hist%C3%B3rica-sujeto-revolucionario-y-conciencia.pdf).
- Marx, K. (2003). *Manuscritos de economía y filosofía*. Traducción de Francisco Rubio Llorente. Alianza. <https://cienciapoliticauces.wordpress.com/wp-content/uploads/2018/09/marx-karl-manuscritos-economc3ada-y-filosofc3ada-ed.-alianza.pdf>
- Marx, K. (2007). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857 - 1858. Tomo I*. Traducción de Pedro Scaron. Siglo XXI. [https://ecopol.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/202/2013/09/Marx\\_Grundrisse\\_Vol.-1.pdf](https://ecopol.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/202/2013/09/Marx_Grundrisse_Vol.-1.pdf).
- Marx, K. (2008). *El capital. El proceso de producción del capital. Tomo I, Vol. I*. Traducción de Pedro Scaron. Siglo XXI. [https://ecopol.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/202/2013/09/Marx\\_El-capital\\_Tomo-1\\_Vol-1.pdf](https://ecopol.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/202/2013/09/Marx_El-capital_Tomo-1_Vol-1.pdf).
- Marx, K. (2010). *Introducción para la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Biblioteca Nueva. <https://creandopueblo.wordpress.com/wp-content/uploads/2013/10/marx-crc3adtica-de-la-filosofc3ada-del-estado-de-hegel.pdf>
- Marx, K. y Friedrich, E. (2014). *La ideología alemana*. Traducción Wenceslao Roces. Akal. <https://libgen.li/file.php?md5=0dbb5ccb5bbf7e29aeca1cb8a73bdcae>.
- Starosta, G. (2012). El sistema de maquinaria y las determinaciones de la subjetividad revolucionaria en los Grundrisse y El Capital. En G. Caligaris, A. Fitzsimons (Ed.), *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx* (pp. 92-136). Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. [https://cicpint.org/wp-content/uploads/2017/03/Caligaris-Fitzsimons\\_2012\\_Relaciones-econ%C3%B3micas-y-pol%C3%ADticas.pdf](https://cicpint.org/wp-content/uploads/2017/03/Caligaris-Fitzsimons_2012_Relaciones-econ%C3%B3micas-y-pol%C3%ADticas.pdf).

Starosta, G. (2019). Método dialéctico, fetichismo y emancipación en la crítica de la economía política. En G, Caligaris & R, Escorcía (Ed.) *Sujeto capital – Sujeto revolucionario. Análisis crítico del sistema capitalista y sus contradicciones* (pp. 211–246). Itaca. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/Mexico/dcsh-uam-x/20201118032316/Sujeto-capital.pdf>.

Starosta, G. (2021). Labour. En R, Rojek (Ed.), *The SAGE Handbook of Marxism Vol. 1* (pp. 118 - 134). Sage. <https://doi.org/10.4135/9781526436108>.